

RESEÑA / REVIEW

Johannes Kabatek y Adolfo Murguía: “A spune lucrurile așa cum sunt...” *Conversații cu Eugeniu Coșeriu* (“Decir las cosas como son...” *Conversaciones con Eugenio Coseriu*)¹

(Traducción, índices y adiciones bio-bibliográficas de Adrian Turculeț y Cristina Bleortu. Iași: Casa Editorial Demiurg, colección Archivo Eugenio Coseriu, 2017. 280 páginas)

Alina-Viorela Prelipcean

Universidad „Ștefan cel Mare” Suceava

Rumanía

alinavarvaroi@yahoo.com / alina.prelipcean@litere.usv.ro

ONOMÁZEIN 48 (junio de 2020): 249-254

DOI: 10.7764/onomazein.48.11

ISSN: 0718-5758



Destacado y sorprendente misionero de la exponencialidad real rumana a nivel mundial, el profesor alemán de lingüística románica Johannes Kabatek regresa dentro de los confines de un espacio, lamentablemente cada vez más restringido, de la necesidad de conocimiento en rumano; un espacio en el que se había dado a conocer como mensajero de la universalidad de la “lingüística coseriana” (Kabatek, 2015: 7), con la publicación del libro *Tradiții discursive. Studii* en la Editorial de la Academia Rumana, Bucarest, 2015. El autor se propone conseguir un nuevo regreso a casa de Eugenio Coseriu con la publicación del libro de entrevistas realizado con la colaboración del profesor Adolfo Murguía, lamentablemente desaparecido: “A spune lucrurile așa cum sunt...” / *Conversații cu Eugeniu Coșeriu*, Casa Editorială Demiurg, Iași, 2017.

Justo después de la “así llamada Revolución rumana”, sintiendo la necesidad de afirmar su posición, Eugenio Coseriu había intentado volver, por su cuenta, al espacio rumano, cuya espiritualidad había sublimado a nivel global. Pero a Rumanía (incluyendo la República de Moldavia) le faltaba tiempo y disposición para eso y, tras la apresurada y expeditiva traducción y publicación de algunos de sus cursos, en la que “hubo también trabajos bien hechos, particularmente cuando la traducción se hizo siguiendo textos originales”, la suficiencia de determinados colaboradores le causó bastante entretenimiento: “La redactora tenía el manuscrito y me preguntaba, en cada caso: «¿Qué quiere decir aquí?, ¿Y aquí?» Lo restante, dijo ella, estaría bien, y por eso no me había hecho más preguntas sobre ello. De hecho, no obstante, aparecieron allí, por ejemplo, citas francesas completamente deformadas”² (Kabatek y Murguía, 2017: 111). La confesión deja ver una actitud típica, en varios niveles, de la autosuficiencia rumana posrevolucionaria. De este modo, se deja entrever el afianzamiento de la osificación mítica y mística, así como el avanzado desinterés por la verdad y por el conocimiento. Con todo eso, Coseriu, que había comenzado la Ruta de su devenir en una aldea del norte de Besarabia, había echado raíces en lo alto del cielo, sin que nosotros pudiéramos entender y aprovechar los frutos de tal prodigio. Incluso ahora, cuando de entre sus discípulos surgieron excelentes conocedores de la “totalidad del sistema”, de ese sistema cuyo “embrión ya estaba allí, desde el principio” (Kabatek y Murguía, 2017: 113), todavía no vislumbramos sus frutos y no podemos participar de la grandeza y el espíritu de un visionario como pocas veces hemos tenido nosotros, los rumanos, en la historia.

El presente libro de Eugenio Coseriu constituye “una especie de testamento científico y personal” (Kabatek y Murguía, 2017: VII), así como una sutil lección de nostalgia o, en sus propias

1 Otras reseñas de este libro: MUNTEANU, Cristinel, 2018, “A spune lucrurile așa cum sunt...” *Conversații cu Eugeniu Coșeriu* en *Revista Limba Română*, n° 1-2, año XXVIII, Chișinău, pp. 376-380; FINARU, Dorel, 2018, *Revue Roumaine de Linguistique (RRL)*, LXIII, n° 4, pp. 419-421.

2 Todos los fragmentos en español pertenecen a la edición española, cuya traducción realizaron Johannes Kabatek, Cristina Bleorțu y Alba García Rodríguez.

palabras, de conocimiento y vivencia simultáneas. La rememoración requerida para la entrevista supuso para Coseriu una aclaración de las vivencias y nostalgias en las que se fundaron inspiración, ideas y conceptos innovadores. La edición en rumano del libro „Johannes Kabatek / Adolfo Murguía: „*Die Sachen sagen wie sie sind...*” / *Eugenio Coseriu im Gespräch*, Tübingen: Gunter Narr Verlag, 1997” (Kabatek y Murguía, 2017: VII) comienza con las necesarias e inevitablemente sabias *Notas* firmadas por eminentes conocedores de la filología románica: Adrian Turculeț (Kabatek y Murguía, 2017: VII, VIII), Johannes Kabatek (Kabatek y Murguía, 2017: IX-XIII), Johannes Kabatek / Adolfo Murguía (Kabatek y Murguía, 2017: XIV-XVII), que ven en esta necesaria empresa editorial “un trabajo bien hecho, esa *norma intrínseca de las cosas* de la que habla Coseriu en el capítulo ocho, que tiene el mismo título que el libro: el principio ético del respeto por la propia obra y de la insatisfacción ante lo mediocre y lo medio hecho” (Kabatek y Murguía, 2017: IX).

La obra de Coseriu se caracteriza por su “preferencia por la tripartición”, tanto en lo que concierne a los tres niveles del hablar: el *nivel universal*, el *nivel histórico* y el *nivel individual*, a los que corresponden los conceptos de *designación*, *significado* y *sentido*: el *hablar en general*, las *lenguas* y los *textos*, como en lo referente a las tres dimensiones de la “variación lingüística: *diatópica*, *diastrática* y *diafásica*. Existen también tres tipos de dialectos: *primario*, *secundario* y *terciario*, así como tres universos del discurso más importantes (en realidad hay cuatro): el mundo *práctico*, el mundo de la *religión* y el mundo de la *ficción*” (Kabatek y Murguía, 2017: XII). En todas estas tridimensionalidades simbólicas, “el lector percibirá esa *memoria*, esa *lógica* y esa *fuerza de trabajo*. Una memoria envidiable, un pensamiento lógico ejemplar y una fuerza que nos sirve de modelo” (Kabatek y Murguía, 2017: XIII). En realidad, esta tríada depende de la dimensión de los “niveles de conocimiento” (Kabatek y Murguía, 2017: 23) de la condición humana, es decir, de las tres **temporalidades** simultáneas, pasado, presente y futuro, que determinan los “hechos estilísticos”, término que empleaba Lucian Blaga para denominar los “niveles de conocimiento” coserianos. El mismo Coseriu, mediante sus vivencias y al considerarlas como nostalgias, pero sobre todo mediante su obra, de formación claramente hegeliana, obedeciendo a la “totalidad del sistema” (Kabatek y Murguía, 2017: 113) representa un hecho estilístico único e irreplicable, que no podemos comprender como tal porque nos faltan los “hechos”, porque insistimos demasiado en una determinada “*forma mentis*” (Kabatek y Murguía, 2017: 23) cuyo resultado es una fuerza creadora pueril, como la del autor de la Enciclopedia de Uruguay, que “me quería enseñar etimología y me explicó: *Besarabia* se llama propiamente Basarabia, ¿y sabe lo que es eso? Viene de *Bassa Arabia*” (Kabatek y Murguía, 2017: 80). En parte, el uruguayo tenía razón, porque Bogdan Petriceicu Hasdeu, en su *Historia crítica*, demostraba que el nombre de Basarab I o Radu Negru viene de *Bes-Arab*, es decir, que era un moesio (tracio) llegado de Arabia, de la tribu *Gebalie* (valaco), y que el voivoda Radu I, fundador del país valaco, era, como después se comprobó con pruebas arqueológicas, *neag* (es decir, de tez oscura). Sin embargo, para un filólogo y lingüista como Eugenio Coseriu, que había fundado su erudición en el conocimiento jurídico, histórico, geográfico, sociológico y mitológico —la base de un conocimiento coseriano general—, eso

significa mucho más que la “*Geografía lingüística* y los trabajos de dialectología” (Kabatek y Murguía, 2017: 111) que le trajeron la fama.

Nacido en una “porción de la tierra rumana bendecida por Dios”, en Mihăileni, Besarabia, cerca de la ciudad de Bălți, el 14/27 de julio de 1921 (según el viejo y el nuevo calendario), Eugenio Coseriu siempre estuvo consciente de pertenecer, en el plano espiritual y nacional, a una pléyade astral en la que se suceden nombres sagrados de la cultura rumana, como “Eminescu, Creangă, Sadoveanu, Stere; después, el lingüista Hasdeu, los compositores George Enescu y Ciprian Porumbescu, el famoso historiador Iorga, el pintor Luchian, el filósofo Vasile Conta” (Kabatek y Murguía, 2017: 2), pero también el “poeta moldavo Grigore Vieru, el escritor y crítico Mihai Cimpoi” (Kabatek y Murguía, 2017: 3). En otras palabras, en una faja de tierra sagrada, de casi “cien kilómetros de longitud, que se estrecha entre el río Nistru (Dniéster) hasta los Cárpatos y más allá de ellos, hasta el norte de Transilvania” (Kabatek y Murguía, 2017: 2-3), en una multiculturalidad extraña, marcada por una “separación étnica y cultural” (Kabatek y Murguía, 2017: 3), en la que el nombre de Paul Celan, por ejemplo, apuntaba las distancias y las distancias.

La Rumanía Grande, en la que Eugenio Coseriu viene al mundo, era bastante difusa y todavía no había conturado su “ropaje” (rum. “*veșmântul ființei noastre*”), espléndida metáfora de la lengua rumana, que en 1850 Aron Pumnul llamaba, también de forma figurada, “el sello de la divinidad”. Las diferentes iglesias disputaban a raíz del calendario, y los intelectuales habían retomado sus cátedras, aunque heridos y desanimados por la guerra. No obstante, solo se preocupaban por la acelerada iluminación del pueblo rumano. Los políticos, incluso los de la ulterior efervescencia asesina de Europa, alternaban entre el “patriotismo local-nacional tan típico de Rumanía y tal vez igualmente que el de otros pueblos de esta región y la xenofobia irreflexiva que se le asociaba” (Kabatek y Murguía, 2017: 19), lo que estaba dando lugar a una realidad atroz; sin embargo, “no se puede confundir la cronología de los actos con la cronología de la información acerca de ellos, ni con la de las reacciones” (Kabatek y Murguía, 2017: 18).

Desencadenando su propia nostalgia, Eugenio Coseriu descubría, frente a sus interlocutores, tres “fases evolutivas” que impactaron su juventud. “Primero, el nacionalismo ingenuo e irreflexivo. Esta forma proclama los intereses, los derechos, los valores y la cultura de la propia nación e ignora los intereses, derechos y valores de otras naciones, sobre todo de las vecinas, y niega también la cultura de los otros, sin conocerla. / Segundo, el nacionalismo reflexivo, táctico, en el que se continúan todavía afirmando los valores y las ventajas de la propia nación pero ya captando, al mismo tiempo, también los intereses y los valores de los otros y, por ejemplo, también defendiendo la convivencia armónica de varias tradiciones, costumbres y culturas. / Tercero, el nacionalismo crítico-dinámico, que se queda escéptico y crítico también en relación a los méritos de la propia nación” (Kabatek y Murguía, 2017: 22).

“Si es cristiano, eso ya es una *forma mentis* que se mantiene siempre”. Los dogmas de la religión son para ser aceptados así, como fueron formulados: pertenecen a otra forma y

otro nivel del conocimiento, no al nivel racional de la lógica de la verdad en sentido habitual (Kabatek, 2017: 23). Al igual que Cantemir o Xenopol, Coseriu abarcaba en sus niveles de conocimiento y se acercaba de forma iniciática al "nacionalismo o al patriotismo saludable, reflejado y crítico; pero del nacionalismo cultural ingenuo y no-crítico" se distanciaba sin duda, declarando que ve a "Mircea Eliade como hombre de talento medio y a Cioran, de ninguno" (Kabatek y Murguía, 2017: 27). Las consecuencias de dicha reserva surgieron, en alguna medida, del "principio del antidogmatismo" (Kabatek y Murguía, 2017: 27) y de la "necesidad de reducir los falsos valores a sus verdaderas dimensiones". Todo esto dentro de "una cierta filosofía rumana, brillante pero poco sólida, fragmentaria y superficial, altamente apreciada por muchos rumanos". "Un ejemplo de esta filosofía fragmentaria, contradictoria y en el fondo hueca es también Cioran, aunque no lance nombres sonantes a su alrededor y haya desenvuelto, para justificar las contradicciones, la técnica de la negatividad sistemática" (Kabatek y Murguía, 2017: 28). Eliade y Cioran, grandes nombres de la suficiencia rumana, es decir, de una cultura restringida, que ni siquiera comprende los valores propios, pero se ensalza continuamente con "los representantes de la rumandad", fueron gratificados con "Hosannas incompetentes", como "lo mayor de todos los tiempos", "Eliade, el gran filósofo de la religión", "el gran pensador Cioran" (Kabatek y Murguía, 2017: 28). Este tipo de actitudes en Coseriu tienen que ver realísticamente con el conocimiento y no con la etiqueta que le había puesto Călinescu: "El jovencito de Besarabia Coseriu, turbulento, pero con grandes posibilidades de orientación en casi todas las ramas de la cultura" (Kabatek y Murguía, 2017: 39).

Eugenio Coseriu dejó Rumanía cuando cumplía los 19 años y regresó, de paso, 28 años después, invitado a un congreso de romanística de Bucarest. A Besarabia regresó 51 años después, en 1991, tras varias décadas de estar simbólicamente crucificado en la tridimensional efemeridad espiritual y mundana de la condición humana. Su camino comenzaba a finales de 1940 con una beca de estudios en Roma, Italia, a la vez que sucedía "el encuentro con su increíble tradición y con todo aquello que allí se puede ver. Más tarde incluso llegué a decir que, en Italia, no era preciso asistir a las clases de estética, con el fin de formar el gusto estético; bastaba que las personas mirasen a su alrededor, en las plazas" (Kabatek y Murguía, 2017: 45), para llegar a una frase de Ionesco, "que es realmente un gran poeta", frase subrayada por Coseriu: "Non, Dieu n'existe pas, il est!" (Kabatek y Murguía, 2017: 28).

Existe una similitud total entre el concepto de "nivel de conocimiento", impuesto por Coseriu, y el de "hecho estilístico", impuesto por Lucian Blaga, una similitud que refuerza el presagio de Luigi Salvini con respecto al hecho de que con este tipo de "valores rumanos", imponiéndose en el Occidente, "Rumanía puede tener un gran futuro" (Kabatek y Murguía, 2017: 45). Eugenio Coseriu subraya haber encontrado solamente "dos países verdaderamente críticos: Inglaterra e Italia" (Kabatek y Murguía, 2017: 45), países que suponían, desde siempre, "la posibilidad infinita de interesarme por varias culturas, literaturas y lenguas" (Kabatek y Murguía, 2017: 46).

Iniciado en Italia, el trayecto de Coseriu continuó en Uruguay —“Más tarde, se mira esto con una cierta nostalgia, y pensamos que, a fin de cuentas, constituyó una experiencia interesante o útil, a través de la cual se aprendió alguna cosa” (Kabatek y Murguía, 2017: 80)— y concluyó en Alemania, en Tubinga, “país sin estructuralismo” en el que, de hecho, “mi generación no existía. Los hombres habían muerto en batalla o habían elegido dedicarse a otras profesiones, no a la lingüística o a la filosofía” (Kabatek y Murguía, 2017: 87). También por el esfuerzo de Coseriu, entre otras cosas, Alemania iba a convertirse en el foco del estructuralismo europeo moderno, fundado en una sólida “fórmula: ninguna teoría sin hechos, y ningún hecho sin teoría” (Kabatek y Murguía, 2017: 98).

En el Camino, innumerables y “voluminosos manuscritos acerca de la historia de la lingüística románica y acerca de la historia de la filosofía del lenguaje” (Kabatek y Murguía, 2017: 99), así como una sorprendente síntesis acerca de sí mismo, un croquis que —como excelente retratista— Coseriu dibujaba con habilidad y distanciamiento: “En mi inmodestia, acostumbro a compararme con Hegel, diciendo que el «Hegel todo», la totalidad del sistema hegeliano ya está contenida en la «Filosofía Real de Jena», siendo todo lo demás su desarrollo —y, también en mi caso, el embrión del sistema ya estaba allí, desde el principio. Puedo, en parte, admitir que no está suficientemente fundamentado y que no fue desarrollado *quantum satis*, pero asumo y mantengo todo, por no haber sido, propiamente, una evolución, pero, en caso de que usemos el término evolución, solo lo será en el sentido de ir mostrando, de ir elaborando lo que estaba programado desde el principio, y no en el sentido de «evolución estúpida», en que se pasa a algo diferente, afirmándose que lo que antecede dejó de tener validez” (Kabatek y Murguía, 2017 : 113).

En el camino, dejándonos envolver por la discreta nostalgia que habita las tierras de entre el río Dniéster y el Tisa, dibujando los pasos descalzos de un niño del que no podía suponerse cuál iba a ser su destino, aunque iluminaba ya con su aura. En su tierra, debido a la secular suficiencia de la cultura rumana, su nombre es vagamente conocido, pero no se dibujan para nada los contornos de su obra, el sagrado patrimonio espiritual que su discípulo, el profesor alemán Johannes Kabatek, y el profesor Adolfo Murguía, lamentablemente desaparecido, continúan ampliando y difundiendo, grano a grano, dentro de la lengua y la cultura rumana.